

Lección 7
(8 al 14 de agosto de 2020)

Compartir la Palabra

*César Luis Pagani*¹

Compartir la Palabra es impartir a Cristo. Esto se hace por precepto y por ejemplo, o sea, predicando y viviendo las verdades de la Palabra de Dios.

Consiste en proclamar que el Verbo se hizo carne, vino a habitar entre nosotros e intencionalmente dar su vida en rescate por muchos.

Todos sabemos que Dios, el Creador de todas las cosas, providenció testigos suyos en la naturaleza. Todo cuando fue creado habla de la gloria de Dios, su amor, cariño e interés por la felicidad de los seres humanos. Al contemplar el cielo nocturno repleto de estrellas, nos extasiamos con el mensaje que nos llega desde el espacio. El poeta brasileño Olavo Bilac decía:

“Oye (me dirán) ¿escuchar las estrellas?
Ciertamente, ¡has perdido el sentido!
Y yo les diré, sin embargo,
Que para escucharlas, muchas veces me despierto
Y abro las ventanas, pálido de asombro”.

Otro poeta inspirado, muchos milenios antes de Bilac, compartió la noción de la naturaleza como pregonadora de Dios:

“Los cielos cuentan la gloria de Dios
y el firmamento anuncia la obra de sus manos.
Un día emite palabra a otro día
y una noche a otra noche declara sabiduría.
No hay lenguaje ni palabras
ni es oída su voz.
Por toda la tierra salió su voz
y hasta el extremo del mundo sus palabras.
En ellos puso tabernáculo para el sol;

¹ Periodista, escritor y traductor. Trabajó en la Casa Publicadora Brasileira durante once años, en el departamento de Arte y luego como editor de varias publicaciones periódicas. Tradujo varios libros del Espíritu de Profecía al portugués. Actualmente es miembro de la Iglesia Central Paulistana, en San Pablo, Brasil.

y este, como esposo que sale de su alcoba,
se alegra cual gigante para correr el camino.
De un extremo de los cielos es su salida
y su curso hasta el término de ellos.
Nada hay que se esconda de su calor”.

(Salmo 19:1-6) ²

Hay testimonios en el cielo, en la tierra. Los bosques, los mares, los ríos, los frutos, las flores, la fauna y la flora, todos ellos son ministros del Señor.

Aun así, debemos tener presente que la ceguera producida por Satanás en los hombres, puede invalidar totalmente esos testimonios naturales. Entonces, el Señor proveyó otro testimonio poderoso: la revelación de las Escrituras. “Aún en medio de las bellezas y las riquezas del universo, de las maravillas de la naturaleza, no debemos desviar nuestra atención de la Palabra de Dios, su revelación escrita; ni de nuestros pensamientos dirigidos hacia nuestro único Salvador, Jesucristo, quien es uno con el Padre y con el Espíritu Santo”. ³

Las Escrituras son Cristo, y Cristo es las Escrituras, Son ellas las que hablan de Él desde el mismo Génesis.

Pablo convocó a su discípulo Timoteo a predicar la Palabra de Dios: “Te suplico encarecidamente delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su Reino, que prediques la palabra y que estes a tiempo y fuera de tiempo. Redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Timoteo 4:1, 2).

Desafiante, ¿no es cierto? Es necesario predicar con franqueza, reprender, enseñar, corregir, apelar para que el pecador acepte a Cristo como su única esperanza. No obstante, debemos recordar que las Escrituras no son un libro didáctico común, que contiene informaciones a ser transmitidas mecánicamente. Trae consigo un poder sobrenatural, el poder del Espíritu que convence al hombre de pecado, de justicia y de juicio. Para corazones duros como la roca, es como un Martillo que desmenuza la piedra; para mentes oscurecidas es una Lámpara para los pies y lumbre para el camino; para el pecado, es Fuego consumidor; para los hambrientos de justicia, es el Pan que descendió del cielo; para los espíritus áridos, es la Semilla que fructifica.

Las Escrituras, instrumento fundamental de nuestra misión de compartir, deben ser conocidas por quien las comparta, antes de ser presentadas, especialmente el Cristo que ellas presentan. Así como un buen vendedor tiene que conocer los productos que comercializa, el que da testimonio tiene que ser obrero que no tenga de qué avergonzarse, que maneje bien la Palabra de verdad.

Para eso, debe ser un estudiante aplicado del santo Libro. Debe pasar más tiempo con él.

² Las citas bíblicas en este comentario, están tomadas de la Santa Biblia, versión Reina-Valera, revisión de 1995.

³ D. Peixoto, *Mil ilustrações para sermões*, p. 82.

Hace un tiempo, leí una entrevista realizada al gran teólogo adventista Raoul Dederen, profesor emérito de la Universidad Andrews. En ella contaba sus hábitos de estudio luego de su jubilación. Se valía de un esquema sobre el cual se involucraba durante algún tiempo en el estudio. Para esto se abastecía de algunas traducciones bíblicas, comentarios y concordancias, disponiéndolos sobre su escritorio. Allí se sumergía en la sabiduría celestial.

Pero el principal objetivo del estudio de la Palabra no es el de obtener conocimiento teológico. Es extraer vida de ella.

Ventajas del estudio de la Palabra

1. Obtención de la fe verdadera. La fe viene por el oír (leer, estudiar, meditar) la Palabra de Dios.
2. Liberación. Jesús aseveró que la verdad conocida libera.
3. Sabiduría real. Provee la sabiduría que proporciona una fe inteligente.
4. Transformación. Alguien dijo: "No necesitas ser cristiano para leer la Biblia, pero no puedes ser cristiano sin leerla".
5. Coparticipación en la naturaleza divina. El espíritu de Cristo produce en el creyente los atributos comunicables de Dios.
6. Preparación para el futuro en inmortalidad. El conocimiento de las profecías escatológicas alerta a una mayor vigilancia, promueve el ejercicio del espíritu de oración constante; blindo la mente contra las mentiras, fraudes, engaños y camuflajes mundanos, y también de los falsos profetas.
7. Placer espiritual. La mente carnal no disfruta de este encanto. Las Escrituras parecen ser un libro para tontos, para ingenuos, gente de clase inferior. Sin embargo, de las páginas bíblicas se irradia encanto, luz para el creyente.
8. Proximidad a Dios. En relación a las promesas del Dios infalible que se nos dieron, está escrito: "Porque todas las promesas de Dios son en él 'Sí', y en Él 'Amén', por medio de nosotros, para la gloria de Dios" (2 Corintios 1:20). Ahora bien, las promesas del Señor están allí para ser reivindicadas, esto es, reclamadas. Y deben ser suplicadas por una fe sólida en Cristo y en su Nombre.

Nota las maravillosas y preciosas certezas divinas que Él nos da mediante Cristo:

1. Tenemos la certeza del corazón amante del Padre, cuando nos dio más de tres mil promesas.
2. En Cristo tenemos la certeza del perdón y la justificación.
3. Tenemos la seguridad confirmada de que somos ovejas de su rebaño, y por lo tanto, somos guardados del mal porque estamos seguros de su protección.
4. En Cristo nos movemos y somos. Él nos da la certeza de la vida cotidianamente. Cada respiración, cada pensamiento, cada movimiento de nuestro ser testifica de su bondad.

5. Disfrutamos de su protección cada uno de nuestros días. Además de un ángel guardián, Dios envía a otros seres angelicales para que nos protejan.
6. Son suplidas nuestras necesidades físicas, mentales y espirituales.
7. Finalmente, en Cristo tenemos la certeza con respecto al futuro. Estaremos con Él en la Cena de las bodas del Cordero, allá en el tercer cielo.

César Luis Pagani

Traducción: *Rolando Chuquimia*
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©